CESAR VALLEJO: PASION DE AMERICA

1. Poeta del dolor

Ciertas experiencias poéticas cuyas vivencias tienen como sustento un particular heroísmo humano, suelen conseguir la admiración devota de los hombres que las continúan en el tiempo. Tales sucesos artísticos coronan una concepción o imagen del ser, que constituye a veces para los pueblos —en un sentido amplio de esta estimación— el logro de un presupuesto ideal o de una ejemplar conducta social y trascendente. César Vallejo encarna uno de esos fenómenos poéticos que se dan en pocas ocasiones como la consumación de una singular estructura humana, lírica y metafísica, más allá de una mera actitud vital y estética, donde la palabra se vuelve reveladora del ser y vehículo de su inmanencia espiritual elevada a símbolo o imagen sustancialmente creadora. La admiración que este poeta suscita no sólo en el orbe latinoamericano, sino dentro de todo el mundo de habla española, de manera especial en las juventudes literarias y extraliterarias, mueve a suponer que él condensó y exaltó en sí mismo precisos valores poéticos y humanos que son tenidos por esos grupos sociales como metas o ideales de la poesía y del hombre. Porque César Vallejo resumió en su vida todo el ser, denso y metafísico, el ser indoamericano y universal a la vez, y ese ser fue expresado —sin comparaciones por lo particular de su lenguaje y su acento original— en forma sustantivamente americana.

No se supongan vanas ni tendenciosas las palabras con las que acabamos de resumir nuestra denodada estimación del poeta de *Trilce*. César Vallejo constituye uno de esos raros tipos humanos que llevan consigo —en alguna medida como el que corresponde al intenso sufrimiento beethoveniano— todo el dolor del mundo y la más fraternal solidaridad con los seres vivientes. Vallejo era y es síntesis de amor y de piedad. Por ese amor y esa piedad fue poeta y por ese amor y esa piedad superó su particular padecimiento y pesimismo para adherir a un sistema social y económico que prometía la salvadora reivindicación del hombre. Y porque era un hombre de su tiempo, que en su tristeza vivía atento

a la menor posibilidad de esperanza para la persona humana, se entregó a esa nueva y delgada luz que sus ojos y su alma descubrían y que lo llevó a consumir su vida, después, junto con el agónico drama español —cifra angustiosa de la tragedia contemporánea.

Los que ven en la poesía un ejercicio supremo del ser a través de la palabra, por revelarse y revelar al hombre que se es en su más emocionada plenitud y hondura y en su lacinante condición, encuentran en este poeta una comprobación de sus ideales artísticos y humanos, porque él representaba en su poesía y en su existencia el acontecimiento profundo, social y metafísico del hombre. Los valores estéticos y personales que su obra poética resumía y con los que ella estaba comprometida hasta las raíces, eran la expresión del alma humana en todo su desamparo y su tristeza, el abandono que padece el hombre frente a una sociedad poderosa y opresora, el sentimiento oscuro de Dios y el más allá y, al mismo tiempo, una inconmensurable solidaridad con el dolor de los demás.

De tal manera, este tipo de poesía constituye el más sobrecogedor testimonio de la desdicha del hombre. Todo su fondo indescifrablemente sombrío, su hambre física y espiritual, su constante dolencia por esta tierra injusta y por este tránsito amargo, su vasto sufrimiento, en fin, por un mundo tal vez maravilloso, pero hostil y ajeno, se revelan en esta lírica original como las muestras más irrefutables, si no totalmente de la triste condición del hombre, sí de aquellas poderosas y negativas circunstancias que operan sobre él. Ejemplo conmovedor de este presupuesto es el que configura la poesía dramática de César Vallejo, cuya propia experiencia aparece consustanciada con aquélla como una unidad indestructible y única, prolongando en nosotros su sufrimiento universal. No sabemos cuándo la creación poética ha ofrecido un testimonio tan desgarrador de la fluencia interior del individuo, de su terrible destino de testigo del hombre y del mundo. Prueba de la inmensa y desconocida subjetividad de la persona, de su profunda antena emocional y de su más oscuro contenido metafísico es esta obra, casi sin semejantes si se la mira como un pleamar doloroso, de heroico acento, expresado con la palabra humana.

Por ello, insistir hoy en la frecuentación de César Vallejo, cuando en las arenas movedizas de la literatura moderna se pierde a veces el sentido del arte poético contemporáneo, es acudir a una fuente de auténtica poesía, que es a la vez un venero sustancialmente americano. Porque él representa, de modo muy particular, la síntesis vida-poesía y resume de manera sustantiva en su canto el ser latinoamericano —o, en su caso, con más precisión, indoamericano—, hacia el

cual tiende esforzadamente el pensamiento de nuestro tiempo, en los pueblos que van desde el Río Grande mejicano a la Tierra del Fuego.

Con tal espíritu, asomarse a Vallejo es retomar el hilo que tendiera Darío proclamando a la «América nuestra, que tenía poetas / desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl», para situarnos de nuevo ante ese tipo de aeda que, continuando a aquéllos, representa hoy a nuestro segregado continente.

De esta forma, Vallejo se perfila ciertamente como el poeta más peculiar del mundo latinoamericano, como su voz más personal y distinta. El autor de *Los heraldos negros* se da como síntesis perfecta del español y del indígena, manifestándose en la misteriosa lengua de la poesía, y cuyo resultado vital es un doloroso sentimiento de la vida, un complejo de humillación y de frustrado destino, que arranca de la conquista impuesta a sangre y fuego. Y esta pasión, con todo su hondo sentido, se impone como el dolor del primitivo hombre indoamericano, en forma específica, si se quiere, el mestizo de nuestro continente:

Yo soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga.
.....
Yo soy el llama, a quien tan sólo alcanza
la necesdad hostil a trasquilar.
.....
Soy el pichón de Cóndor desplumado
por latino arcabús;
.....
Yo soy la gracia incaica que se roe (1).

Este dolor que rezuma la poesía de César Vallejo no se manifiesta como producto de la invención, como artificio retórico, como actitud ideológica o como simple romanticismo herido por la vida, sino como algo que se descubre con mayor profundidad todavía, consustanciado con sus huesos y su sangre. Es un ancestro, un morbo que se expresa desde las entrañas; como una voz impuesta por la naturaleza. Su dolor se revela orgánicamente como el sufrimiento de América, su pasión y su drama, que a la vez lleva consigo la signación amarga del hombre contemporáneo. Esta conclusión proviene tanto del conocimiento de la existencia del poeta peruano como de la lectura de sus versos, de la comprensión de su signo vital como de la recepción sensible de cada uno de sus poemas, en todos los cuales él puso, como pocos, su vida y su muerte. La existencia de César Vallejo se identifica con el sufri-

(1) *Poesías Completas* (Edit. Losada, 1949), p. 48.

miento mismo, más que por las penosas circunstancias que le tocó vivir, por la forma de padecerlas, sin atenuantes y sin limitaciones, como se evidencia a partir de su ausencia del hogar para residir en Trujillo, primero, donde estudia, y después en Lima, con el mismo interés, y adonde le llega la noticia de la muerte de su madre, que le hará manifestar en una carta a su hermano Manuel (1 bis): «Yo vivo muriéndome; y no sé a dónde me dejará ir esta vida miserable y traidora. En este mundo no me queda nada ya. Apenas el bien de la vida de nuestro papacito. Y el día que esto haya terminado, me habré muerto yo también para la vida y el porvenir, y mi camino se irá cuesta abajo. Estoy desquiciado y sin saber qué hacer, ni para qué vivir. Así paso mis días huérfanos lejos de todo y loco de dolor.»

Este trance vallejiano es seguido por su afrentosa cárcel, durante casi cuatro meses, en la ciudad de Trujillo:

(Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número) (2).

Luego cierta persecución de que es objeto posteriormente, y por eso mismo o como pretexto para su fuga, su viaje sin retorno a Europa, donde sus vicisitudes en París serán largas y prolijas, como sus hambres. Antes, Vallejo habría escrito desde Lima (3):

Así pasa la vida, vasta orquesta de esfinges
que arrojan al vacío su marcha funeral.

Estos dos versos tétricos no son únicos en su vida. Son simplemente el adelanto de esa visión sombría y dramática de la existencia que lo poseerá definitivamente.

Parece que Vallejo acusara un oscuro deseo de su propio dolor, un morbo patético que lo enclaustra en sí mismo y lo aprisiona en un desesperado sentimiento ante la vida. Es un padecimiento visceral el que experimenta y es también, de modo esencial, la tristeza metafísica del ser, que lleva consigo. El ser sufre en Vallejo porque existe, porque el hombre no tiene para *expresar su vida sino su muerte* y porque aún está lejos de la redención y del paraíso, social o celeste, a que tal vez oscuramente aspira.

Este dolor aparece entonces como una fatalidad de su destino, como una signación inevitable y amarga, y así lo revelan testimonios per-

(1 bis) *Aula Vallejo* (núms. 5, 6, 7), p. 332, Universidad Nac. de Córdoba (Argentina).
(2) *Poesías Completas* (Edit. Losada), p. 95.
(3) *Idem*, p. 55.

sonales y escritos de sus amigos, como el de Armando Bazán, que expresa en una carta (4): «A veces me daba la impresión de que premeditadamente buscaba la tortura del día siguiente. Después de muchos años he venido a pensar en que ésta era su forma, tal vez, de solidaridad con el sufrimiento de su raza.» Y más adelante agrega: «Yo creo que también existe un estrecho paralelismo entre la vida de Vallejo y la agonía en que se debate aún el pueblo americano.» Alcides Spelucín, por su parte, ha dicho (5): «... una vida heroica como la de Vallejo, tan constantemente zaherida por la desgracia y tan henchida de zozobras angustiantes». Juan Larrea afirma al respecto (6): «Al odio de Dios... opone... el dolor absoluto.» Y José Carlos Mariátegui anota (7): «Vallejo siente el dolor humano: su pena no es personal. Su alma «está triste hasta la muerte» de la tristeza de todos los hombres y de la tristeza de Dios. Porque para el poeta no sólo existe la pena de los hombres.» Leopoldo Panero le había escrito estos versos póstumos (8):

y había llegado hacia nosotros para gemir, había venido
para gemir, aunque callaba tercamente en su corazón ilusorio.

Xavier Abril ha destacado hace muchos años (9) que «el tono de su voz es desgarrador; expresa la angustia del destino, que es uno e idéntico en el hombre de todos los tiempos». «Su poesía es el grito más intenso, despojado de todo lo que es fugaz y temporal de la tragedia contemporánea.» Antenor Samaniego dice (10): «Dolor y muerte formaron la coyuntura de su poesía. La propia médula de su alma está sustantivada por esta materia que fluye de modo inagotable por los rijosos cauces del verso... de este extraño licor doloroso.»

Por esta penosa condición de su existencia, Vallejo se sentía identificado con Cristo, considerándose tal vez un crucificado, y Ernesto More, su amigo, había de decir precisamente (11): «Jamás lloró por sí mismo... Lloraba por otras cosas. Por Cristo, por Lenin y por Chaplin.

---

(4) Tomado de «Algunos juicios y testimonios acerca de César Vallejo», del libro de JUAN LARREA: *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón* (Universidad Nac. de Córdoba, 1957, Argentina).

(5) *Idem.*

(6) *Idem.*

(7) *Idem.*

(8) *Idem.*

(9) *Idem.*

(10) *Idem.*

(11) *Idem.*

Y hacía bien, porque él parecía amasado con los tres.» Y el propio Vallejo lo dice inequívocamente en estos versos:

¡Linda Regia! Tus pies son las dos lágrimas
que al bajar del Espíritu ahogué,
un Domingo de Ramos que entré al mundo,
ya lejos para siempre de Belén (12).

Y allí está su célebre «Piedra negra sobre una piedra blanca (13):

Me moriré en París con aguacero,
un día del cuál tengo ya el recuerdo.
.....
César Vallejo ha muerto; le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro
también con una soga.

El era también el crucificado, el apaleado, el azotado hasta morir... El hombre del Calvario siglo XX.

Toda esta aflijente circunstancia vallejiana, esta conciencia de ser poeta del dolor, se puede comprobar en sus versos, consustanciada con su evolución estética, porque desde sus *Heraldos negros* él solo fue la voz que venía a clamar por los «golpes tan fuertes... ¡Yo no sé! / Golpes como del odio de Dios» (14). Su amarga voz se profundizó, haciéndose más grave y más dramática aún; pero era la misma entonación, con su antigua desgarradura, con el primer temblor humano, que culmina en los supremos versos de 1937: los *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*. Porque era ésa su fatalidad, la tendencia profunda de su alma enraizada en su tierra americana —aunque viva y muera lejos de ella—, amasada en su indefinible sustancia telúrica y en el espíritu de su raza, castigada por la conquista española.

2. Vallejo y el ser latinoamericano

La palabra, el verso en César Vallejo son el ser mismo, lo nombran y lo expresan desde adentro. Porque en él la palabra no sale de sus labios simplemente, sino que se origina o brota desde su organismo

(12) *Poesías Completas* (Losada), p. 22.
(13) *Poesías Completas* (Edit. Losada, 1949), p. 189, antes citadas, y a las cuales nos remitiremos en adelante.
(14) *Idem*, p. 21.

entero. Su verso es integral e integrador, porque se confunde con el propio ser indoamericano —aunque hoy lo llamemos, por otro sentido más bien, latinoamericano— y resulta su voz esencial. Por eso, hablar de Vallejo es remitirse al ser americano, a su entraña y contenido. Y por eso también la extraordinaria particularidad del caso Vallejo en la poesía del continente. Para entenderlo y apreciarlo en profundidad, en su meollo, debemos comenzar por reconocer la singularidad de su poesía y de su tipo humano. Vallejo se da como una expresión insólita y genial del mestizo de nuestra América. Su voz es la voz de una raza que se expresa contenida y enigmáticamente, *sustantivamente*, sin adjetivación casi, con una desnudez esencial que a veces puede resultar oscura o impregnada de misterio, como en muchos poemas de *Trilce*. Es la raza que lleva sobre sí una afrenta hasta ahora incurable, una humillación sin remedio, a no ser la que se vislumbra en el panorama social de una revolución profunda y plena y en la cual Vallejo vio la posible redención de sí mismo o más bien de su caso como ser que representaba y mediunizaba al hombre. Por lo dicho primeramente es por lo que Vallejo se diferencia de muchos escritores y poetas importantes de América latina que tratan lo que se llama la problemática del continente con temas, ambientes y personajes latinoamericanos: que su expresión no posee el «gusto» americano que tiene la de Vallejo; que esa expresión de los demás no se da desde el ser americano, desde adentro de eso que es América latina. Poetas y narradores famosos ven y revelan este fabuloso mundo nativo tronchado en su vida particular por la devastadora conquista. Y esa literatura es latinoamericana y muy valiosa en ciertos casos. Pero Vallejo es *otra cosa*. En algunos de aquellos casos se podría decir que usan un lenguaje europeo para tratar situaciones, idiosincrasias y fuentes americanas. En el poeta peruano el lenguaje, la herramienta parlante es sustancialmente americana. Y por más que se destierre a Europa y acabe allí con sus huesos de hambre y de miseria, por más que asimile el marxismo y se haga comunista, sigue siendo sustantivamente americano su ser y su lenguaje, y su estructura anímica —que es lo importante— continúa siendo lo mismo. Vallejo tiene una manera muy particular de darse como el ser mismo de América: enigmático, oscuro, visceralmente misterioso, orgánicamente metafísico. Y al mismo tiempo es el ser universal. Y por eso su palabra es sustantivamente creadora, renovadora. Y por eso también su necesidad de inventar vocablos o de dislocar las palabras o de alterar su función gramatical. Es un retorcimiento del ser por expresarse con plenitud y con verdad profunda. Es un vaciamiento de la entrañable modalidad del ser. Una forma desgarradora de morir a tra-

vés de la poesía, del verbo poético y profético, del verbo original. Y si bien Vallejo consultó y siguió las evoluciones de la poesía lírica de nuestro tiempo, no comulgó, finalmente, con los diversos movimientos que se produjeron ni compartió la suerte y el destino del surrealismo, con el que podría haber estado vinculado a partir de *Trilce*. El les dijo a sus epígonos en evidente referencia (15): «Hacedores de imágenes, devolved las palabras a los hombres. / Hacedores de metáforas, no olvidéis», etc. Porque Vallejo veía en la palabra al ser mismo expresándose, no el juego retórico por medio de ella, no la mera escritura automática o la revelación poética del mundo onírico. Veía a la palabra como el médium para llegar al Ser. El surrealismo podía haber sido una fuente o un estímulo para el avance y desenvolvimiento de su poesía hacia sus cauces definitivos, hasta su expresión última; pero la expresión que a Vallejo le preocupaba era sustancialmente creadora, y con esa actitud vital y artística estimaba el lenguaje. De ahí que el autor de *Trilce* —su obra clave— sea todavía un poeta del futuro, un poeta de mañana, no suficientemente asimilado ni advertido en todo su caudal, en su torrencial manifestación lírica. Por lo apuntado anteriormente escribió también: «Amigo Alfonso Reyes, señor ministro plenipotenciario: Tengo el gusto de afirmar a usted que hoy y siempre toda obra de tesis, en arte como en vida, me mortifica» (16).

Hay un soneto donde el gran poeta peruano ha expresado el problema fundamental del escritor y del hombre y que es a la vez un modelo de lenguaje americano: la lucha dramática por la expresión total que descubra acabadamente su pensamiento y su sentimiento ante la vida y el mundo y, por ende, su ubicación y su destino humano; una expresión donde se ponga a fondo el hombre que se es y a la vez el hombre que se quiere ser y también el ser que no se alcanza a ser, donde la poesía se dé como medio trascendente del espíritu revelador, como suma del individuo, como cifra del hombre absoluto. No en vano el título del soneto es «Intensidad y altura»:

Quiero escribir, pero me sale espuma,
quiero decir muchísimo y me atollo;
no hay cifra humana que no sea suma,
ni hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir, pero me siento puma;
quiero laurearme, pero me encebollo.
No hay voz hablada que no llegue a bruma;
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

(15) *Aula Vallejo*, p. 27.
(16) *Idem.*

Vámonos, pues, por eso a comer yerba,
carne de llanto, fruta de gemido,
nuestra alma melancólica en conserva.

Vámonos. ¡Vámonos! Estoy herido;
vámonos a beber lo ya bebido,
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva (17).

Se trata realmente, como se ve, de un poema de intensidad y altura, de un poema donde el autor de *Trilce* se pone entero. En él Vallejo parece experimentar la impotencia del lenguaje para verterse totalmente hacia afuera, para revelar la suma humana que el poeta y el hombre se sienten. Vallejo quiere decir su todo, su absoluto sentimiento del hombre y de la vida en un verso, en un poema, así como en una rosa perfecta se pueden condensar todo el color, la belleza, el aroma y la exquisitez del mundo y a la vez en sus espinas, todo el dolor y la crueldad de que esa perfección está rodeada. El autor nos está hablando de esa suma de intensidad y altura que es su alma, de esa suma que está ínsita en cualquiera de sus versos; pero al escribir le sale espuma. Porque detrás de la palabra del hombre está la tiniebla, permanece el misterio; no puede traspasarlos, no consigue alcanzar la claridad que anhela, la revelación exacta. Su palabra, que era espuma o que, en lugar de brotar ella —verdadera, esencial— daba paso sólo a la espuma oral, concluye en bruma.

Vallejo nos dice en este poema que ha estado siempre fundamental y sustancialmente herido, roto en su vida interior, y por esa quebradura, por esa lesión, su ser se va día a día, gota a gota, como le ocurrirá al fin, después de su postrero *España, aparta de mí este cáliz.* Este soneto es suma y expresión extraordinaria del alma y del arte vallejianos, y su lenguaje tiene las particularidades de su estilo sustantivamente americano. Su forma y su contenido no tienen parangón dentro de la poesía latinoamericana. Su gran fuerza renovadora del idioma, su aliento desgarrado y genial, el golpe de martillo de sus versos, la palabra puesta en su función de médium del alma, que no es simplemente el alma, sino todo el ser y su vasta experiencia humana, su sentimiento y conciencia del mundo, se han combinado de un modo magistral para darnos esta acabada síntesis de sí y de su poesía, que son una misma cosa.

Señalemos por otro lado que como antitéticas consecuencias de las diferentes circunstancias económicas, políticas y culturales de sus respectivos tiempos, así como, al norte del Continente, Whitman poéti-

(17) *Poesías Completas*, p. 169.

camente expresa y representa, después de mediados del siglo anterior, el desenvolvimiento democrático y la expansión mercantilista de los Estados Unidos, Vallejo, al sur, encarna el sufrimiento y la pasión amarga del hombre latinoamericano de nuestro siglo; vive el destino del mestizo de nuestra América. Este destino nace con él mismo; se lo han transmitido sus ascendientes peruanos y españoles, lo que le hace decir a Pablo Antonio Cuadra (18): «Vallejo, además, incesantemente, descubre la dolorosa ecuación del hombre americano. Descendiendo de abuela quechua pura y de abuelo español, en todo su canto pueden seguirse las dos huellas ancestrales, acercándose a cada tema para volver a dramatizar su fusión; es el mestizo que siente como indio y piensa como español, o viceversa, que en eso está su agonía.»

Este destino de sufrimiento, decimos, lo ha experimentado Vallejo tal vez desde su infancia y adolescencia en Santiago de Chuco, según puede verse en algunos poemas familiares de *Los heraldos negros* y lo ha reiterado después amargamente durante cuatro meses en un calabozo de Trujillo —como lo señalamos en páginas anteriores—, y más tarde, en medio de un ambiente desdeñoso u hostil, tanto en la ciudad nombrada como luego en Lima, llevándolo siempre adherido a los huesos en su posterior exilio europeo, para morir finalmente de ese dolor, que, consustanciado con el sentimiento de la tragedia española, lo ha sobrevivido lacerante en sus poemas. César Vallejo se descubre así como la pasión descarnada de América latina, su derrota, su humillación, desde la noche de la conquista hasta la opresión de nuestros días. Antenor Orrego explica la antinomia casi irreductible que proviene de la negación mutua de las dos culturas que chocan en América al producirse la conquista: la americana y la europea, señalando cómo finalmente de esas dos negaciones que se oponen surge una nueva realidad americana como síntesis de ambas, dándose la obra de Vallejo como un producto de la misma (19). Y como esa síntesis, agregamos nosotros, continúa siendo conflictual y lastimera, la vida y la obra de Vallejo se manifiestan como expresión del dolor mismo.

El Cristo Vallejo vive la pasión que venimos comprobando, como una cruz cotidiana que él lleva en la carne y en el alma. *Los heraldos negros* y *Trilce* lo confirman patéticamente. Son esos golpes ciegos y sangrientos del célebre poema que abre su primer libro y que de otro modo expresivo o a través de otras situaciones poéticas se exponen con

---

18) *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón*, citado, pp. 158-159.
(19) *Aula Vallejo*, 2-3-4, pp. 216-217.

igual o menor intensidad antes de llegar a su culminación en los *Poemas humanos:*

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé! (20).

.....

Yo soy el coraquenque ciego... (21).

.....

Soy el pichón de cóndor desplumado... (22).

.....

He almorzado solo ahora, y no he tenido
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,
ni padre... (23)

.....

y muerta de hambre tu memoria viene
sin probar ni agua, de lo puro triste (24).

.....

Todos los días amanezco a ciegas
a trabajar para vivir; y tomo el desayuno,
sin probar ni gota de él, todas las mañanas (25).

.....

Y se apolilla mi paciencia,
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro (26);

.....

Hasta cuándo estaremos esperando lo que
no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos
nuestra pobre rodilla para siempre!

.....

Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de un niño
que a media noche, llora de hambre, desvelado...

.....

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde
de una mañana eterna, desayunados todos!
Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde
yo nunca dije que me trajeran (27).

Como en todos estos versos y en otros muchos más que no incluimos para no resultar fatigosos, se siente patéticamente el destino y

---

(20) *Poesías Completas,* p. 21.
(21) Véanse las ya citadas *Poesías Completas,* en las pp. 48, 103, 117, 125, 129, 62 y 56.
(22) *Idem.*
(23) *Idem.*
(24) *Idem.*
(25) *Idem.*
(26) *Idem.*
(27) *Idem.*

la gleba que alimenta el espíritu de su pueblo, con esa compasión y solidaridad de Vallejo, que lo hacen precisamente poeta del dolor, poeta-médium del dolor humano. Véase si no, entre tantos ejemplos posibles, «La de a mil» (28):

El suertero que grita «La de à mil»
contiene no sé qué fondo de Dios.
.....
Yo le miro el andrajo. Y él pudiera
darnos el corazón;

Hay una frase de Antenor Orrego en su prólogo a la primera edición de *Trilce,* en la cual el escritor peruano y amigo de Vallejo ha insistido con denuedo: «Esta poesía retrae hacia su origen la esencia del ser» (29). Este pensamiento de Orrego, advertido por Xavier Abril en su libro *Vallejo* (30), nos parece muy revelador y de considerable importancia para comprender los fundamentos de la poesía vallejiana. Vallejo vuelve en su canto a los orígenes tanto del ser como de la palabra; se sitúa ante el mundo como el primer hombre, pero como el primer hombre americano desnudo luego de la noche de la conquista, preguntando por su suerte y su destino, arrebatado por el despojador. Vallejo se retrotrae hacia su esencial condición humana; retorna a sus huesos y a su sangre, al último reducto metafísico de su alma y, como Cristo en el Huerto de los Olivos, se siente perdido y abandonado:

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
.....
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él! (31).

El ser vuelve en este poema, y lo mismo toda su poesía, a su verdadera esencia. Torna a su condición humana triste, a su sentido

---

(28) *Idem.*
(29) *Aula Vallejo,* 2-3-4, p. 213.
(30) *Vallejo,* por XAVIER ABRIL (Edic. Front, 1958), p. 108.
(31) *Poesías Completas,* p. 66.

fatal; se retrae hacia el ser americano que él personifica, castigado, humillado en su desolación y su pobreza:

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.
Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto (32).

.....

En un sillón antiguo sentado está mi padre.
Como una Dolorosa entra y sale mi madre
Y al verlos siento un algo que no quiere partir... (33).

Vallejo es un poeta esencialmente subjetivo, en quien la emoción arrastra con todo el ser, con toda su sustancia interior, como un dique que se rompe y por lo cual pone en su verso todo su contenido... Su profundidad y su formidable energía psíquica lo retraen al ser y desde allí el verbo poético nombra y descubre; su palabra se vuelve originaria; por esta razón, el ímpetu y la violencia que hay a veces en sus versos, ese formidable treno, esa originalidad de sus metáforas, ese golpe de martillo que resuena en sus frases. La palabra originaria, reveladora, se manifiesta en Vallejo porque la emoción extraordinaria del primer hombre desterrado del paraíso lo vuelve hasta las profundidades del ser, y en su poesía se expresa su esencia, que entendemos es lo que dice Orrego. La palabra que nombra, la palabra creadora está en sus labios, porque por medio de la poesía Vallejo torna a los orígenes del ser, a su esencia primigenia, a su condición de *pobre barro pensativo*. Y por esto su originalidad y hasta sus peruanismos, que lo hacen inconfundible, volviéndose universales sus giros y sus modismos por gracia de su acento poético.

En consecuencia, podemos afirmar que no hay en nuestra América una voz lírica como la de Vallejo, henchida de ese sufrimiento humano, de esa pasión amarga, de esa hondura telúrica y metafísica, que es el trasfondo del ser americano. Darío puede expresar por momentos este ser o más bien intuirlo; pero ese presentimiento o esa conciencia es de orden intelectual y no se aloja en su sangre y en los recovecos de su alma, como ocurre con este mestizo genial. Y el bardo nicaragüense

(32) *Idem*, p. 77.
(33) *Idem*, p. 73.

podrá «enumerar» a nuestra América con versos rítmicos y exactos, sin alcanzar la hondura y gravedad que venimos señalando:

Más la América nuestra que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
.....
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
.....
esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor (34);

De este modo se expresa Darío. Y Neruda, el otro gran poeta de América, desde su *Canto general,* expone las penurias y desvelos, las esperanzas del hombre latinoamericano; denuncia las injusticias de su miserable situación social y canta su historia desde sus orígenes hasta nuestros días. Pero Vallejo nos hace sentir como nadie su raíz dramática, su lacerada condición humana, como intérprete e instrumento emocional de la desgarradura motivada por la conquista. Neruda es un poeta cuando no cautivante, tumultuoso y romántico, que canta tanto el dolor como la belleza del hombre y del mundo que lo enmarca. En cambio, Vallejo es un poeta sustantivo cuya queja lastimera se arrastra sobre la tierra con su agobiadora carga telúrica y su conciencia fisurada. De ahí que el mismo autor de *Alturas de Macchu Picchu* le dirá en su «Elegía fúnebre» (35): «Porque eres el espectro americano —indoamericano, como vosotros preferís decir—, un espectro de nuestra martirizada América, un espectro maduro en la libertad y en su pasión. Tenías algo de mina, de socavón lunar, algo terrenalmente profundo.»

Vallejo alcanza continuamente una expresión verdaderamente americana tanto cuando escribe desde el Perú como cuando lo hace desde París, porque —ya lo hemos dicho— su ser contiene el espíritu americano y sus huesos y su sangre están alimentados con él. Y el espíritu americano en Vallejo es dolor, pasión desgarrada, retraimiento del ser a su esencia original. Por eso las actuales generaciones que preguntan por el ser americano —porque creen en él o porque lo sienten vivir en ellas mismas— se identifican incondicionalmente con Vallejo, con su poesía y con su actitud humana, porque éstas sintetizan la propia pasión de la presente América latina, el ser concreto y abstracto a la vez, físico y metafísico, que se resume en una forma profunda de sentir la existencia, en una manera desgarradora de comprobar su realidad

(34) *Cantos de vida y de esperanza* (Ed. Mundo Latino, Madrid, 1920), p. 53.
(35) *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón.*

adversa, y, sin embargo, creyendo desesperadamente en su redención social y humana, en un vivir absolutamente como pasión. Y este ser tan denso y pleno se vierte en los versos de Vallejo de un modo espontáneo, orgánico; si se quiere, hemorrágico —como en los *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*—, con un lenguaje clásico y completamente nuevo a la vez, esencialmente propio, más allá de todas las influencias y ascendencias que pudieron hallársele. Con ese estilo de vida y de poesía que se resume y rezuma en el ser a que nos hemos venido refiriendo, Vallejo no ha hecho otra cosa —es lícito decir— que trasladar a sus poemas la intensidad subjetiva de su experiencia humana y de su intuición visionaria. Y lo ha hecho fundamentalmente a través de las formas de una emoción exacerbada y de una indomable angustia motivada por las profundas causas de la existencia, sintiéndose al mismo tiempo un instrumento subjetivo, como lo son a veces los grandes poetas sociales, los profetas del pueblo. De ahí que el bardo peruano pudiera decir: «Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera... Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo la causa ni carece de causa... Hoy sufro, suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente» (36). Es decir, Vallejo padece como encarnación del hombre, como esencia y conciencia del mundo, y como instrumento subjetivo que él era del mismo, debía expresarlo. Sin duda que en esta caracterización de César Vallejo, su *pathos* genial juega un papel difícil de determinar en su extensión y profundidad; pero esto es evidente y está poéticamente configurado en aquellos intensos versos suyos:

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave (37).

De la manera que en párrafos anteriores lo afirmábamos, el ser americano y a la vez el hombre universal viven desnudos y descarnados en la poesía vallejiana. La profunda herida abierta por la conquista respira especialmente en los versos de sus dos primeros libros, golpea la sensibilidad del lector —como esos mismos golpes de la vida, que él tempranamente acusara—, sumergiéndolo con vigor en su pozo de oscura poesía, en su pozo de amarga humanidad. No hay en estas páginas ni en las entrañables de sus últimos días parisinos un simple goce estético, una emoción poética pura, sino que más allá de éstas y

(36) *Poesías Completas,* p. 235.
(37) *Poesías Completas,* ya citadas, en p. 78.

resumiéndolas al mismo tiempo producen un impacto que sacude el ser, dándole una imagen del hombre desolada y cruel, aunque una ternura fraternal las riegue. Y ese lenguaje, desgarrador a veces, especialmente en los *Poemas humanos,* contenido y sobrio, enigmático, sustantivo siempre, es el lenguaje del mestizo hispanoamericano o indoamericano en este caso. César Vallejo se ofrece, sin duda, como la expresión acabada y agobiadora —insistimos en ello— del maridaje violento de las dos razas: la india y la española. Toda la tristeza de sus antepasados, sometidos a sangre y fuego, humillados en las noches en que se confundían los siglos XV y XVI, crepita como un fuego amargo en los versos de *Los heraldos negros:*

Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de istmarse (38).
.....
Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor.
La hacienda Menocucho
cobra mil sinsabores diarios por la vida (39).
.....
Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo (40).
.....
Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo de quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie (41).
.....
Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la ventura,
que no puede parar si no en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura (42).

El profundo pesar que rebasa la estructura lírica vallejiana es el sufrimiento real de América hispana hecho poesía. Su destino es morir el ser que vive, como dirá después en los *Poemas humanos.* Su ser resume como el otro ser determinado: la tristeza, la inocencia de un

(38) *Idem,* p. 67.
(39) *Idem,* p. 71.
(40) *Idem,* p. 72.
(41) *Idem,* p. 74.
(42) *Idem,* p. 67.

modo virginal, el fatalismo, el misticismo sombrío, el sometimiento a lo desconocido, que no es otra cosa que la opresión de mil causas conocidas que operan diversamente, desde distintos ángulos, sobre el hombre que transita secularmente estas tierras. Y como fundamento de todo ese bagaje poético-vital, del ser que se retrae hacia su esencia originaria, como diría Antenor Orrego, se complota contra él esa pobreza, inevitable sólo en apariencia, propia del sujeto hispanoamericano, inhábil a veces para asegurarse el debido futuro —unido esto a un amargo sentimiento de frustración y de culpa mítica—, para abrirse paso en el mundo de la fuerza y del poderío económico, que le harán decir con reminiscencias infantiles:

Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de un niño
que a media noche, llora desvelado... (43).

Y que más tarde, en París, se reverterá en este clamor desesperado:

Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí? (44).

O en esa atroz confesión, en ese desasimiento total de su propia persona, en ese *mea culpa* absoluto:

Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé!
.....
Yo soy un mal ladrón... (45).

Hemos dicho ya de qué forma, al ser profundamente humana, esta voz de la América india se vuelve desesperado acento del hombre universal. Vallejo sobrepasa su propio lenguaje original, sus modismos, sus giros localistas, para convertirse en el idioma transido de todas las personas. Así lo comprueba —también lo hemos dicho— en su consustanciamiento con la tragedia española, con el republicano español, cuya causa ama y defiende con desesperación y en cuya cruz el mismo Vallejo se crucifica voluntaria y finalmente —drama y tragedia revelados en sus dos últimos libros y en su propia muerte inmediata.

Puede considerarse que no hay un poeta, en términos universales, de una subjetividad tan vasta y cósmica como la de César Vallejo, ni otra poesía donde se sienta de una manera tan descarnada, inmediata y física el dolor del hombre. Aquí estriba precisamente la vigorosa originalidad de su obra lírica. César Vallejo se aleja voluntariamente

(43) *Idem*, p. 62.
(44) *Idem*, p. 160.
(45) *Idem*, p. 57.

de lo literario, de los comunes recursos estéticos, de las teorías poéticas («Amigo Alfonso Reyes, señor ministro, etc.»). Su lenguaje es despiadado, implacablemente humano:

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás (46).

.....

Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética.

.....

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos coloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos (47).

.....

Considerando en frío, imparcialmente,
que el hombre es triste, tose y, sin embargo (48),

.....

hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo (49).

Pero hemos dicho también que esta dolorosa fuerza de Job tiene, completándose, una profunda ternura humana, esa ternura que ha almacenado por siglos la cruel introversión del mestizo. Son innumerables los ejemplos que se pueden dar al respecto, pero sólo recordaremos algunos para remitir al lector, en todo caso, a su obra:

Y el hombre pobre... pobre! Vuelve los ojos como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada (50).

.....

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos,
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos (51).

.....

Quisiera hoy ser feliz de buena gana,
ser feliz y portarme frondoso de preguntas,
abrir por temperamento de par en par mi cuarto, como loco (52).

.....

(46) *Idem*, p. 141.
(47) *Idem*, p. 170.
(48) *Idem*, p. 177.
(49) *Idem*, p. 184.
(50) *Idem*, p. 21.
(51) *Idem*, p. 35.
(52) *Idem*, p. 175.

Un hombre pasa con un pan al hombro.
Voy a escribir, después, sobre mi doble? (53).

Es fácil advertir cómo en esta profunda subjetividad la ternura y el sufrimiento humano ocupaban un lugar fundamental, porque siendo él expresión del dolor del hombre, era a la vez una infinita solidaridad con su destino dentro del universo. Porque Vallejo era uno de esos escritores cuya experiencia vital se resumía, más que en ciertas anécdotas, en el discurrir de su emoción profunda y de su eminente condición subjetiva; más que en los actos y aventuras de la existencia o en las hazañas intelectuales, en el testimonio metafísico de su ser inmensamente abierto al mundo. Y de esa forma sustantiva se dió entero en su obra, puso su inconmensurable vida interior en sus poemas. Por estas razones seguramente, en lo más desolador y terrible de la historia contemporánea, el individuo de nuestro tiempo debe reconocerse en ella casi como en ninguna otra poesía de esta época:

Pero cuando yo muera de vida
y no de tiempo (54).

Dice y pregunta después en otro poema:

Una piedra en que sentarme
no habra ahora para mí? (55).

Desesperado e impotente para resolverse por sí mismo poética y humanamente, concluye más tarde con denuedo en el famoso soneto, ya citado:

Vámonos, pues, por eso a comer yerba,
carne de llanto, fruta de gemido,
nuestra alma melancólica en conserva.
Vámonos ¡Vámonos! Estoy herido (56);

En algún momento, con ese mismo tono de desesperación, Vallejo habrá de interrogarse perplejo y sombrío:

¿Es para eso que morimos tanto?
Para sólo morir,
¿tenemos que morir a cada instante? (57).

---

(53) *Idem*, p. 197.
(54) *Idem*, p. 155.
(55) *Idem*, p. 159.
(56) *Idem*, p. 169.
(57) *Idem*, p. 173.

Sin embargo, luego, un día cualquiera, su ternura estallará incontenible en un fraternal deseo de entregarse a los hombres:

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,
de querer, de besar al cariño en sus dos rostros (58).

Frente a este poemario, ahora abruptamente recorrido, la sensibilidad estética cede su lugar a la sensibilidad humana, al sentimiento del hombre de nuestro tiempo, herido, marcado hondamente por la vida, destruido por la guerra, el sentimiento dramático del hombre de este siglo espectacular y terrible. Porque se trata de una poesía arrancada de los meollos y meandros del individuo, de las entretelas del alma, de una conciencia que está sangrando ante la vida:

Un cojo pasa dando el brazo un niño.
Voy, después, a leer a André Breton?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre.
Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras.
Cómo escribir, después, del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere, y ya no almuerza.
Innovar, luego, el tropo, la metáfora? (59).

Es la misma desesperación y la misma impotencia que cuando escribe en su célebre soneto comentado:

Quiero escribir, pero me sale espuma.

Es una desesperación que rehúye expresarse literariamente, queriendo superar el lenguaje y, en último término, hacer de la palabra un órgano vivo, consciente y sangrante. Porque el hueso de Vallejo es metafísico; su sangre y su aliento están nutridos de emoción natural y de jugo metafísico. De esta manera advertimos que en el autor de *España, aparta de mí esta cáliz* hay, entre más, dos cosas muy importantes que destacar: su profunda y vasta sensibilidad humana, que le permite una intensa percepción del sufrimiento y de la condición específica del hombre, y la otra, que pone en su poesía de una manera incomparable por lo descarnada y total, su modo de percibir lo humano, lo que consideramos sin esfuerzo su sentimiento dramático de la existencia, y otra vez aquello de Orrego, de que Vallejo retrae el ser a su esencia original. De esta forma, si el destino de Vallejo aparece

(58) *Idem*, p. 204.
(59) *Idem*, p. 197.

como signado por el dolor —según lo hemos manifestado con insistencia a lo largo de todo este trabajo—, se expresa a la vez como resumen de la pasión de América. Su destino se descubre corporizando la mayor plenitud humana para trasladar íntegramente esa totalidad de su persona lacerada al campo profundo de la poesía. Consecuente con este pensamiento, vemos cómo Vallejo se vierte caudalosamente en sus *Poemas humanos* y en *España, aparta de mí este cáliz*. No hay en estos dos libros un verso, una sola línea que no den testimonio cabal de este hombre íntegro en el más pleno sentido de la palabra; íntegro porque respondía a una totalidad de la persona, a una plenitud del ser, que era en sí el ser americano y al mismo tiempo el hombre universal. Su poesía aparece así comprometida con el ser hondo, con el seno metafísico del hombre, que alternativamente oscurece e ilumina su trasfondo. Esa condición tan verdadera y trascendente en nuestro autor, como otro ser dentro de él mismo —«A lo mejor soy otro, dice (60)—, es inseparable de sus piezas óseas, de su organismo completo, de sus entrañas y de sus sueños. Por esa razón él concebía el poema —que era la revelación de su vida y del mundo— como una totalidad imposible de ser mutilada sin destruírsela por esta operación: «si a un poema se le amputa un verso, una palabra, una letra, un signo ortográfico, MUERE» (61). Por concebir la poesía como el hombre mismo, su trasmutación en términos de imágenes, Vallejo ha encontrado tan amplia respuesta en las generaciones actuales, que seguirán extendiéndose en tan vasta admiración e identificación trascendente. Su gran voz («¡Ah querer, éste, el mío, éste, el mundial, interhumano y parroquial, provecto!») comienza a expandirse y a ensancharse su nombre hacia el mundo, en busca de aquellos a quienes dirigiera su cálido mensaje:

Hay, hermanos, muchísimo que hacer (62).

Conviene en este instante formular algunas consideraciones sobre el absurdo en la poesía de Vallejo, que, a la manera de un interlocutor contradictorio, hace oír su voz en el juego dialéctico de su expresión poética.

En verdad que nuestros afanes de absoluto chocan casi siempre con el absurdo. El todo que nos inquieta y mueve concluye por disolverse en la nada para tornar otra vez de ésta a su plenitud inicial. La pasión y los desasosiegos profundos del espíritu son ardorosamente contradictorios en su contrapunto con la realidad. Para el alma intranquila no hay

(60) *Idem*, p. 218.
(61) *Aula Vallejo*, 1, p. 27.
(62) *Poesías Completas*, p. 172.

teoremas válidos, sino por un instante no más, y luego se vuelven falsos o equívocos. El único teorema real es la dualidad de la razón humana y del espíritu. Esta contradicción polémica y este absurdo —raíces metafísicas del alma de César Vallejo— se dan a cada momento en su desgarradora poesía, y ya en *Trilce* lo llevan a expresar: «Absurdo, sólo tú eres puro» (63). Tanto que a veces esta misteriosa fluencia lírica parece existir sólo por ellos; sobrevivir por esta chanza oscura del destino que la está inspirando, por este dialéctico contrapunto entre el no va más y el más allá.

Pero no hay en esto, ni falta hace decirlo, un simple juego poético. Es una condición indefinible, profunda, metafísica del alma del poeta y de los dos rostros de la verdad. Y tienen otra vez que ver con el aquí tan comentado pensamiento de Orrego. De la contradicción y el absurdo se va hacia el conocimiento verdadero, hacia la razón última, hacia la luz final. Todas las nuestras son verdades y razones de doble filo que terminan siempre por cortar la malla que apresa el espíritu y le impide volar hacia la soberana verdad.

Hay, por último, en la contradicción y el absurdo —más allá de un sabio humor paradójico— la búsqueda irracional pero lúcida de una conciencia esclarecedora de los enigmas esenciales de la existencia, de la «esfinge preguntona del desierto». Es, en fin, una desesperada inquisición de la luz, un ensayo del espíritu por otras vías...

3. «España, aparta de mí este cáliz»

Enmarcar en unas pocas líneas la tragedia española y con ella el drama del hombre de nuestro tiempo no es tarea encomendada a estas limitadas páginas. Sin embargo, debemos mencionarla para situar dentro de ella la poesía y el caso Vallejo. Porque este gran poeta se consuma como tal y se sacrifica con este suceso: la tragedia española y con ella el calvario del individuo contemporáneo. El hombre Vallejo, identificado en forma total con la República española, a cuyo nacimiento asiste personalmente en Madrid el 14 de abril de 1931, se afilia en esa ocasión al Partido Comunista español, llevado por la fuerza de los acontecimientos, según lo manifiesta en una carta a Juan Larrea y porque debe encontrar en ese sistema político una respuesta real e inmediata para su afán de justicia social y de fraternidad verdadera. Toda su esperanza ideológica se engarza allí y florece dentro de ese cauce y de aquel extraordinario acontecimiento, que lo absorbe plenamente,

(63) *Idem*, p. 140.

aunque él no fuera nunca un político, y da un curso adecuado a su idealismo redentor, que se canaliza generosamente hacia la causa del pueblo español. Es ésta la culminación, para las ideas sociales de Vallejo, de la etapa que se iniciara con su primer viaje a Rusia en 1928. Pero esta etapa, que, como una órbita dramática, viene a cerrarse luego del primer año de la guerra civil, da cuenta antes de ello del aparente agotamiento del poeta Vallejo. Es decir, que durante todo este tiempo, que se sepa, César Vallejo había dejado de escribir poesía. Hasta que se produce la catástrofe española, y entonces, luego, en septiembre de 1937, en las clamorosas tierras peninsulares, y más tarde en la expectativa angustiosa de París, estalla en poemas el corazón desgarrado del aeda peruano. Como una herida caudalosa, su canto se vierte gota a gota, verso a verso, día a día para acusar todo su dolor, para revelarle al mundo el drama que, como un rayo, lo hiere mortalmente en las raíces mismas de su vida. Y con los patéticos *Poemas humanos* y los epopéyicos versos de *España, aparta de mí este cáliz,* se va también la existencia de Vallejo. El hombre muere asesinado por la tragedia española, por la tragedia del hombre contemporáneo, resumida en el drama de ese heroico pueblo. El poeta se ha desangrado exhaustivamente en estas dos obras, y esa consunción ha significado la inmediata muerte —sin causa científica conocida— del hombre. Y César Vallejo muere como un Cristo crucificado en este calvario. El no podía sobrevivir a esta tragedia. España había constituido su gran esperanza; el sueño por el cual el mismo Vallejo tornaba al seno de su madre se realizaba magníficamente en la nueva realidad que España prometía. La fusión de las dos negaciones, como diría Antenor Orrego, se reproducía en una síntesis emocionada y honda. En ella sus ideales redentores iban a convertirse en razón vital, en una formidable constancia social que a sus ojos, por fin, les iba a ser dado contemplar. Sus afanes de una sociedad justiciera y en un pueblo como aquel que lo retrotraía a su mismo entrañable ser estaban en vías de lograrse. Y Vallejo muere con la República española, aunque la agonía de ésta lo sobreviva algunos meses más... Otra vez América se sacrifica, agoniza por España, pero ahora por los más nobles ideales del hombre. Mas al morir, el indoamericano genial deja su conmovedor poemario, sus transidos cantos españoles, donde, por encima de la pólvora de los combates, por detrás de la muerte multitudinaria, la destrozada voz del poeta quiere salvar a España, levantarla, hacer triunfar a su pueblo. Tiembla por ella, llora por su causa, muere, en fin, por este país, por esta esperanza, que ama tanto.

Hay en estos poemas un lenguaje muchas veces delirante, loco de amor, de ira, de desesperación esperanzada que no cede, salpicado de versos geniales:

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien que venga,
y quiero desgraciarme;
.....

Su voz se alza hasta la misma altura que crea heroicamente su hondo sentido epopéyico:

Proletario que mueres de universo, en qué frenética armonía
acabará tu grandez, tu miseria
.....
Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!

Vallejo siente su vida identificada con la suprema existencia de las multitudes en lucha y exclama:

por la vida, por los buenos ¡matad
a la muerte, matad a los malos!
.....
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él) (64).

Y ve en este combate un sentido redentor, una como posible dignificación del hombre en todas sus categorías sociales, de un modo universal, convirtiendo hasta a las mismas bestias en personas:

pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que el todo sea un hombre, y para
que hasta los animales sean hombres (65),
.....

(64) *Idem*, pp. 249 a 253.
(65) *Idem*, pp. 255 a 260.

Su voz se enternece para situarse al lado de los menos fuertes, de los más desheredados:

Tácitos defensores de Guernica,
oh débiles
oh suaves ofendidos
que os eleváis, crecéis y llenáis de poderosos débiles el mundo! (66)
.....

El canto de Vallejo crece epopéyica y desgarradoramente cuando exclama:

¡Málaga sin padre ni madre,
ni piedrecilla, ni horno, ni perro blanco!
¡Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos
y murió de pasión mi nacimiento!
¡Málaga, que estoy llorando!
¡Málaga, que lloro y lloro! (67).

O en estos versos incomparables por su profundidad humana, donde canta a un hombre humildísimo que corporiza para él a todos los hombres:

Solía escribir con su dedo grande en el aire:
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas»,
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes.
Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!
Pluma de carne, lo han matado: ¡pasa!
«¡Abisa a todos los compañeros pronto!»
.....
Registrándole, muerto, sorprendiéronle
en su cuerpo un gran cuerpo, para
el alma del mundo,
y en la chaqueta una cuchara muerta».
.....
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!
.....
Su cadáver estaba lleno de mundo (68).

La desesperación de Vallejo ante la terrible posibilidad de la derrota estalla en versos delirantes, en visiones patéticas, en gemidos proféticos, que conquistan a veces una grandeza sinfónica:

Los mendigos pelean por España
y atacan a gemidos, los mendigos,

---

(66) *Idem.*
(67) *Idem.*
(68) *Poesías Completas*, pp. 260 a 270.

matando con tan sólo ser mendigos.
¡El poeta saluda al sufrimiento armado! (69).

.....

¡Ahí pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!
Ahí pasa la muerte por Irún:
sus pasos de acordeón, su palabrota,
su metro del tejido que te dije,
su gramo de aquel peso que ha callado... ¡si son ellos! (70).

La ternura lo sobrepasa como a un vaso desbordante y concluye, en su agonía, destruyéndolo:

Un libro quedó al borde de su cintura muerta,
un libro retoñaba de su cadáver muerto (71).

.....

Por eso, al referirme a esta agonía,
aléjome de mí gritando fuerte:
¡Abajo mi cadáver!... Y sollozo (72).

Jamás un poema épico alcanzó la intensidad, el vigor estupendo de este canto:

Lo rodearon millones de individuos
con un ruego común: «¡Quédate, hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Entonces todos los hombres de la tierra
lo rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar... (73).

El mismo tono heroico convierte este poderoso himno en un salmo bíblico:

Padre polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.

.....

Padre polvo, sudario del pueblo,
Dios te salve del mal para siempre,
padre polvo español, ¡padre nuestro! (74).

---

(69) *Idem.*
(70) *Idem.*
(71) *Idem.*
(72) *Idem.*
(73) *Idem.*
(74) *Idem.*

Y luego de este «Redoble fúnebre», finalmente, su desesperación, que se resiste a aceptar la brutal realidad:

Si cae España —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!... (75).

Y con esta epopeya del pueblo español, César Vallejo libró su última batalla poética y humana. Con ella concluyó su doloroso tránsito terrestre. Pero su palabra verdadera y trascendente queda. Su poesía es la poesía del hombre ante el negativo destino. Para nosotros, criatura de América latina, es un símbolo y un ejemplo. El simboliza el dolor y la pasión de la persona latinoamericana volcándose fraternamente hacia el hombre universal, jugándose entero por éste y consumiéndose en su drama. Su ejemplo es el amor de los seres humanos y su adhesión viva y profunda al ideal de la justicia social revolucionaria. Vallejo se consustanció como pocos con la verdad del hombre y fue permanentemente leal a sí mismo a través de todas sus crueles vicisitudes. Arquetipo de una ternura redentora, murió de una fiebre social y humana misteriosa, cuya razón se intuye asociándola a la tragedia española. Su veracidad virginal y profética y la sinceridad de su raigambre metafísica lo configuraron como un rebelde a todo lo impuesto y coercitivo, amante de una mayúscula libertad donde el hombre se diera totalmente a sus profundas e indeclinables causas: «Bueno es, en todos los tiempos —escribió Vallejo alguna vez en *La dicha en la libertad* (76)—, los modos y las personas, recordar a los hombres en su ley de haber nacido únicamente para ser dichosos. Cuanto los hombres hacen o sueñan va a su dicha. Nada se pierde en sí mismo, porque todo sirve o debe servir a la dicha de los hombres»... «Pero la felicidad sólo es posible por la libertad absoluta. Pobre del hombre que pretende buscar la dicha fuera de esta condición. Pobre de aquel que pretende invertir esta ley, erigiendo a las obras de la naturaleza y a las obras humanas en objeto de servidumbre por parte de los hombres.»

*

Concluyamos el presente trabajo con esta reflexión: Creemos que la misión del espíritu americano podría ser, en el mejor de los casos, la de brindar al mundo una nueva esperanza, entretejida con su dolor, su intuición y su particular experiencia humana. Ese fue el sentido indudable del gran descubrimiento: revelar lo desconocido del mundo,

(75) *Poesías Completas*, pp. 271-272.
(76) *Aula Vallejo*, 1, p. 41.

donándolo con una fraterna generosidad. Del caudaloso mensaje vallejiano, henchido de ternura y sufrimiento humanos, se levanta, al tiempo que una poderosa voz de poeta y de protesta genérica y trascendente, un sentimiento también de esperanza en los hombres y en la transformación social de los pueblos: su obra final y su vida lo certifican así. Las juventudes de América latina que han percibido con emoción estos estímulos, confluyen ávidamente hacia su obra. Ella los iluminará en la verdad y en el espíritu de la raza, que se acongoja y, sin embargo, proyecta ser esperanzada hacia el futuro y, por su conducto, se dirigirá hacia los días redentores del hombre.

Félix Gabriel Flores
Avda. Río Bamba, 466
Quebrada de las Rosas
Córdoba (Argentina)